UN BRIBON EN BUSCA DE OTRO BRIBON.—UNA PANADERÍA DE POMPEYA. ENTREVISTA DE CRÉMES CON TETRAIDE.—CASTIGO DE UN PARRICIDA.—EL HORROR QUE INSPIRABAN LOS PARRICIDAS, Y LAS PENAS QUE SE LES APLICABA.—PLAN INÍCUO.

Crémes llegó al siguiente dia, muy de mañana, á la casa del gladiador Tetraide y preguntó por él.

-Ha salido-le dijo un individuo del bajo pueblo y de mala facha, que estaba con otros de no mejor exterior que él.

- -¿Hace mucho?
- -No; hará media hora.
- —¿Y á dónde?
- -Lo ignoro.
- —¿Y tardará?
- -No; porque dijo que volveria pronto.
- -Voy á ver si le encuentro.
- -Está muy bien.

Crémes meditó un instante, y calculando que no podia haber salido sino para arreglar el golpe dispuesto para el rapto de Eutima, se dirijió hácia un sitio en que creyó encontrarle.

Aquel sitio era una panadería perteneciente al padre de Marcio. Crémes apresuró el paso, y pronto llegó á la calle Domiciana, en que se encontraba, y se

encuentra actualmente, la panadería.

Este establecimiento, desenterrado en 1809, estaba separado de la Academia de Música por una gruesa pared, que aun existe.

A la derecha y á la izquierda de la entrada se veian dos tiendas con sus dependencias, con sus correspondientes escaleras para subir á una habitación que existia encima.

-¿Ha venido por aquí Tetraide?—preguntó Crémes á un esclavo que estaba en la puerta.

-No le conozco; pero hace un instante que entré un hombre de colosal estatura.

-Está bier

Y Crémes, atravesando el prothyrum, (zaguan) pasó á un atrium tetrástilo, sostenido por cuatro pilares cuadrados, que sostenian, en vez de techo, un terrado al cual se subia por una escalera colocada á la derecha de la entrada.

El esclavo, que conocia á Crémes como sirviente de las confianzas de Marcio, le dejó pasar.

Crémes, casi seguro de que no podia ser otro que Tetraide el que habia entrado, dirijió una mirada á los cuatro cuartos que se hallaban y se ven al rededor del atrium, para ver si descubria al gladiador, y en seguida se dirijió al fondo en que se hallaba el tablinum ó archivo que daba acceso á una pieza de once metros de profundidad y ocho de ancho, en que se molia el trigo, y que se llamaba pistrinum.

En esta pieza habia cuatro molinos de brazos, hechos de piedra de lava, semejantes á nuestros molinos de café.

Aquellos molinos, que consistian en dos piedras de lava, la inferior sólidamente unida al suelo, cónica y adaptándose á un cono ahuecado en la piedra superior, estaban movidos por robustos esclavos, cuyos rostros estaban cubiertos de sudor por la fuerza del trabajo (1).

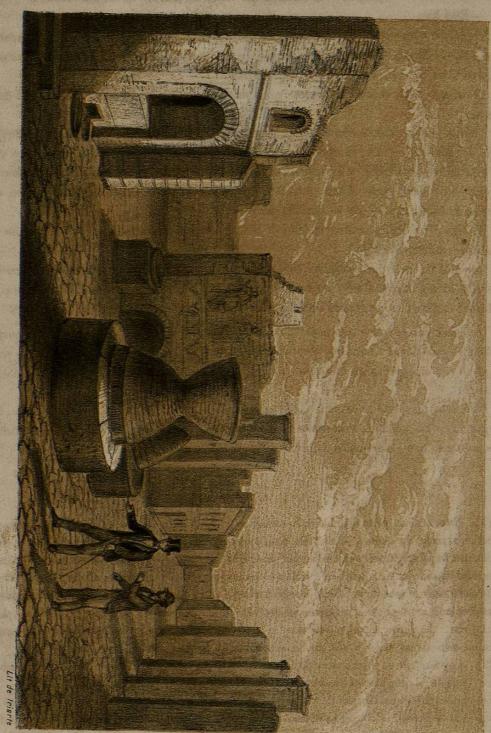
Imposible parece que en un país donde la ilustracion y el adelanto en las artes de gusto habian llegado á una altura que sorprende; donde los objetos de lujo de todo género se trabajaban con una perfeccion que sirve de modelo, estuviese tan atrasado el sistema de moler el trigo.

Pero este fenómeno se explica fácilmente, observando que el trabajo en los metales, la elegancia en los muebles, y la esplendidez en las telas estaba en manos de libres ciudadanos, en tanto que los artículos de primera necesidad se veian encomendados á esclavos (2).

(1) Estos molinos, como dejo indicado, consistian en dos piedras de lava: la inferior, sólidamente adherida al suelo, era cónica y se adaptaba á un cono ahuecado en la parte superior: tenia este la forma de una ampolleta, angosta en medio, que presentaba dos cavidades cónicas opuestas por su remate: la cavidad superior estaba destinada á recibir el grano que, pasando por cuatro agujeros practicados en la parte mas estrecha de la piedra, se veia deshecho entre la piedra inferior y la piedra superior. Para disminuir la frotacion, la última marchaba sobre un eje de fierro colocado en el remate de la piedra inferior. La piedra superior tenia aros en medio, y recibia en sus cavidades las palancas de madera, en medio de las cuales se veia puesta en movimiento por los esclavos.

(2) Voy á referir un hecho acaecido á fines del siglo VI de la fundacion de Roma, que prueba que el ramo de fabricar pan, se encontraba estacionario por la razon que he indicado.

Los empresarios de las fábricas de pan para el pueblo, á fin de conseguir brazos para dar vueltas á las piedras de molino, establecieron al lado de sus vastos edificios, tabernas, á donde las mujeres de mal vivir atraian á los transeuntes que caian en una trampa, quedando cautivos en los subterráneos. Un soldado, con la ayuda de su puñal, logró escaparse, y dió parte al emperador Teodosio, que destruyó aquellas guaridas.



MOLINO DE TRIGO EN UNA PANADERIA DE POMPEYA.

(después de las escavaciones)

Al entrar al pistrinum, se encontraba, como se encuentra hoy, la embocadura de una cisterna entre dos obras de albañilería, que tenian vasos de tierra para recibir el agua.

Encima, sobre la pared, se veia una pintura, ofreciendo, en su parte inferior, dos serpientes, emblemas de los genios domésticos, arrastrándose hácia un altar cargado de frutas, y encima, el sacrificio á la divinidad protectora de los hornos.

Entre la cisterna y el horno, cuya bóveda se conserva en la mas perfecta construccion, estaba la entrada á una gran pieza sin ventanas con pavimento de mosaico, que comunicaba con el tablinum.

—¿No ha venido por aquí vuestro amo Marcio?—preguntó Crémes á un esclavo para disimular el objeto que le llevaba.

—No—dijo el preguntado, que estaba atendiendo á un sitio colocado debajo del horno, en que estaba la brasa, delante de la cual habia una cavidad cubierta con una baldosa en que se recibia la ceniza.

—Lo menos hace un mes que no pone los piés aquí—agregó otro esclavo que se ocupaba en poner la harina en un gran tazon que se encontraba á la izquierda, y que, lo mismo que todo lo que voy describiendo, permanece en igual estado.

Crémes se dirijió hácia el ángulo del pistrinum en que estaba una pieza, en la cual se encuentran aún dos horteras de piedra destinadas á la manipulacion de la pasta.

En este sitio se veian muchos obreros entregados á sus faenas.

Crémes se acercó á una escalera que conducia á los cuartos de los esclavos que vivian encima de la caballeriza, y descubrió á Tetraide hablando con uno de los obreros de la fóbrica

Aquel obrero era un esclavo de inclinaciones perversas y de un atrevimiento inaudito.

Crémes comprendió de lo que trataban, y no quiso que le viesen.

Seguro ya de que Tetraide se encontraba allí, marchó á la caballeriza cuya entrada principal daba á la calle de Fortunata, y se puso á ver los caballos que daban vuelta á los molinos cuando se cansaban los esclavos, para lo cual habia una puertecita que daba sobre el nistrinum.

Pasado un instante salió de la panadería, y esperó enfrente de la puerta, á que se presentase en la calle el gigante gladiador.

Pronto se dejó ver éste, y Crémes corrió á su encuentro.

- ¿Está todo dispuesto para esta tarde?
- _Todo
- —Sin duda has venido á ver á Tideo para que sea uno de los que te acompañen en la empresa.
- —Cierto; yo habia pensado en el gladiador Cleandro, que como sabes, es hombre dispuesto á esas hazañas; pero en los momentos en que estaba arreglando con él nuestro asunto, fué preso por la justicia.
- -Pero ¿qué, es cierto el crimen de que se le acusa?
- -Parece que sí.
- —No sin razon, la última vez que estuve con él en la barbería para ir á buscarte á tu casa, le ví estremecerse y palidecer al indicarle algunos de los que en ella estaban, el deseo que tenian de que el criminal cayese en poder de la justicia.

—Ahora comprendo el motivo que le obligaba á cambiar de conversacion cada vez que hablábamos de la muerte de su anciano padre.

—Que yo lo atribuia, lo mismo que todos, al sentimiento profundo de amor filial que en el despertaba la menor palabra.

-Es cierto.

- —¡Oh!..... yo le apreciaba; pero ahora me causa horror: nosotros podremos ser malos, pero jamas hemos podido ni imaginar que existiese un hombre que quitase la vida á aquel á quien debe la suya.
- —¡Oh!..... eso es horrible: su anciano padre le reprendia por su vida desarreglada, y él, para librarse de sus consejos, mezclaba en el aguamiel con que se desayunaba, cicuta, á fin de que muriese envenenado, pero paulatinamente y sin que nadie pudiese apercibirse de su crímen.
- -- ¿Pero está probado el hecho?
- -Tan probado, que él lo ha confesado ya así.
- -¿Y cómo se ha descubierto?
- —Lo ignoro; pero está ya sentenciado á muerte, y dentro de un momento saldrá á sufrir la pena impuesta al parricida.
- —¿Dentro de un momento?
- -¿Pues qué, ignorabas que hoy debe morir?
- -Lo ignoraba: sabia que estaba preso, pero no que habia sido sentenciado tan pronto.
- -Pues mira el gentío inmenso que marcha hácia la prision para verle salir.
- -Habia notado este movimiento, pero ignoraba á dónde se dirigia.
- -Pues ya sabes lo que pasa.
- -Ciertamente, y lo siento.
- —¿Sientes que se castigue á un parricida?
- —Que se castigue no; siento que haya cometido ese horrendo crimen, porque al fin era nuestro amigo.
- —De lo cual pido perdon á los dioses. Cuando me acuerdo que he estrechado en mi mano la mano que privó de la existencia al ser que le dió la vida, me dan impulsos de cortármela.
- -Se la diste, porque nada sabias.
- -Ciertamente; pero aun me horrorizo al pensar que sentí su contacto.

Así aquellos dos malvados, nutridos en los vicios y los crímenes, se horrorizaban de un hecho contrario á la naturaleza.

El parricidio, ese crimen que parece salir de los límites de lo posible; ese increible hecho, producto de la aberracion de los sentimientos; ese repugnante acto de inaudita crueldad, era visto con el mas profundo horror, aun por los hombres mas infames y perversos; y el parricida, como un monstruo de iniquidad mas temible que las mismas fieras.

¡Oh!..... y les sobraba razon para execrar la memoria del que, ahogando los sentimientos sagrados de la naturaleza, se convertia en un monstruo sin entrañas, disfrazado con la forma de hombre.

¿Quién se puede imaginar siquiera, que exista una alma, cuya depravacion, borrando el afecto innato que el mismo Dios grabara en ella con divinos caractéres, se manchase con la sangre del que la hubiera vertido gustoso mil y mil veces hasta apurar su última gota, por ahorrarle ese nefando crímen al ser querido de su corazon?

Solon, uno de los siete sabios de Grecia; el gran legislador que dictó las leyes que rigieron á Atenas en los tiempos de su gloria, no habia establecido ninguna pena para el

Томо II.—15

parricidio, creyendo que semejante crímen no podia cometerse. Su prudencia fué justamente elogiada, pues se comprendia que encerraba la noble idea de no indicar castigo contra un atentado sin ejemplo entonces, teniendo que la ley despertase la idea del crímen.

Los romanos, mas previsores, comprendiendo que el deber de la justicia es prevenir los delitos, dictaron para el del parricidio, el mas terrible y aterrador, á fin de que el rigor del castigo apartase del crímen á los que la naturaleza no pudiera contener en sus sagrados deberes.

Entre los romanos, y por lo mismo entre los pompeyanos, el parricida era metido en un saco de cuero de buey, cuya boca se cosia, donde despues de colocarle con un perro, un gallo, una víbora y un mono, se le arrojaba en el fondo de la mar 6 en el mas cercano rio.

Esta era una ley de Pompeyo, en que ordenó que el parricida seria mezclado con los animales que tienen con él similitud de carácter; la víbora y el mono por la crueldad, al perro y al gallo por una ingratitud que les hace algunas veces atacar á los autores de sus dias.

En Roma, la ley cesaba de considerar á un parricida como á ser perteneciente á la humanidad.

Para ella no era mas que un individuo al cual era indispensable separar de la naturaleza entera, segregándole á la vez del cielo, del sol, del agua y de la tierra, á fin de que el monstruo que habia quitado la vida á cualquiera de los dos seres á quienes debia la suya, fuese privado de todos los elementos que se consideran como principio de todo cuanto existe.

No se quiso que los cuerpos de los parricidas fuesen expuestos á las fieras, abrigando el temor de que alimentadas con aquella carne impía, se volviesen aun mas feroces y sangrientas; tampoco se quiso que fuesen arrojados desnudos al rio, temiendo que, arrastrados hácia el mar, manchasen sus aguas destinadas á purificar todas las manchas. No existia, en una palabra, en la naturaleza entera nada tan vil ni tan vulgar, que pudiese admitir en su seno á un ser manchado con el crímen de parricidio.

¿Qué cosa existe, en efecto, de mas derecho comun que el aire para los vivientes, la tierra para los muertos, el mar para los cuerpos que flotan en sus ondas, y la orilla para aquellos á quienes las olas arrojan de su centro? Ninguna.

Y sin embargo, los parricidas acababan de vivir sin respirar el aire purísimo del cielo; morian, y la tierra no tocaba sus huesos; se veian agitados por las olas, y no sentian su riego; eran arrojados al mar, y no podian, ni aun despues de muertos, reposar sobre las rocas!

Los que cometian el inícuo crímen de que venimos ocupándonos, eran entregados al verdugo que era llamado al sitio en que era aprehendido el criminal.

El verdugo le ponia en los piés sandalias de palo, para que no tocase la tierra; le envolvia la cabeza con una piel de lobo que le cerraba al rededor del cuello para que no viese la luz, ni respirase el aire puro, le ataba campanillas con el objeto de que al andar sonasen, advirtiendo á los transeuntes que evitasen su contacto para no mancharse, y así era conducido á la cárcel, donde permanecia hasta que estuviese preparado el saco para su suplicio.

. Al dia siguiente, el pueblo á quien se convocaba al son de una trompeta, se dirigia al frente de la prision para ver salir á la víctima.

En los instantes en que nos encuentran los hechos que voy refiriendo, el sonido de la trompeta se dejó escuchar de una manera imponente.

- —¿Has escuchado?—preguntó Tetraide á Crémes.
- —Si; es la señal para que se reuna el pueblo.
- —Los últimos instantes de Cleandro se acercan.
- —¿Quieres que vayamos á verle salir?
- -Como gustes.
- Pues vamos.
- -Marchemos.

El gladiador y el esclavo se dirigieron hácia un punto del Forum en que estaba la prision.

Un número considerable de gente de ambos sexos, de todas clases y edades, se agolpaban á la puerta de la prision, y ocupaban las calles por donde debia ser conducído el reo.

Millares de espectadores se veian en los terrados de los edificios, en las aceras, en los umbrales de las puertas, y subidos sobre las fuentes y los pilares, esperando la salida del que iba á pagar con la mas horrenda de las muertes su espantoso crímen.

Delante de la prision se hallaba un carro descubierto, al cual estaban uncidos dos bueyes negros, animales consagrados á los dioses del infierno.

Aquel carro era el destinado á conducir al parricida al lugar del suplicio, á fin de evitar que tocase la tierra, y para mejor separarle de esta.

De repente la puerta de la prision se abrió.

La gente fijó los ojos en ella.

El gigante Tetraide, cuya cabeza sobresalia entre la multitud, exclamó:

-Ahí sale.

La multitud se puso sobre las puntas de los piés para ver salir al reo.

En aquel momento se dejó ver el parricida Cleandro, envuelta la cabeza en una piel de lobo, guiado y sostenido por dos lictores de los triunviros, que le llevaban, puesto que él no nodia ver.

Entonces unos esclavos le hicieron subir al carro, y picando á los bueyes, les encaminaron hácia el Comicio, que hoy se conoce con el nombre de Curia, y allí empezó el suplicio del condenado.

El carro se detuvo, y el reo, despues de verse despojado de sus vestidos, fué azotado con varas de olmo.

Aquel castigo duró hasta que las varas, tintas en sangre, desgarraron en mil partes el cuerpo de la víctima.

Todos los condenados, ejecutados en público, sufrian esta flagelacion.

Terminado aquel terrible acto, el negro tiro de bueyes se puso en marcha al son de las campanillas atadas al parricida, que sonaban á los vaivenes que de continuo hacia el carro fúnebre.

La natural lentitud de la marcha de los bueyes parecia aumentar alguna cosa de lúgubre á la pompa de aquella procesion que se dirigia hácia un extremo del rio Sarno.

El gentío seguia al carro empujándose para verle de mas cerca, pero sin sentir hácia el criminal ningun sentimiento de compasion, sino de horror.

Las madres señalaban al culpable como á un mónstruo indigno de la piedad de los dioses,

y los niños, estrechados al cuello de sus madres, le echaban en cara su ingratitud y su fie-

Cleandro, vertiendo á torrentes la sangre que brotaba de las heridas recibidas al ser azotado, escuchaba las palabras de desprecio y de horror que le dirijian, y se sentia oprimido de dolor al ver que no existia un solo ser que se compadeciese.

El carro siguió su lenta marcha.

Ningun criminal, ejecutado públicamente, debia perecer en la ciudad.

En Roma, lo mismo que en Pompeya, se temia manchar el recinto de la ciudad con el cadáver de un malvado.

El gentío era mayor á medida que el carro se aproximaba al sitio del suplicio.

Al llegar al Sarno, la multitud obstruia la marcha.

La orilla del navegable rio estaba apretada de gente.

El pueblo, invadiendo todo el terreno, miraba con una atencion silenciosa que aumentaba el horror del espectáculo, la marcha del fúnebre carro.

En aquellos momentos solemnes no se escuchaba mas que la voz del heraldo que repetia de vez en cuando el nombre y el crímen del culpable.

De repente se detuvo el carro.

Habia llegado á un sitio retirado del Sarno, el mas lejano á Pompeya.

Cleandro, agobiado por los remordimientos, y debilitado por la sangre que sin cesar corria de sus heridas, se estremeció al pensar que habia llegado el último instante de su vida.

Los esclavos que le habian subido al carro, le bajaron de él y le presentaron al verdugo. Este abrió el saco fatal de cuero, y mandó á los esclavos que lo metiesen en él.

Cleandro tembló.

Los esclavos obedecieron.

Tetraide y Crémes miraban aquella escena horrorizados.

El pueblo guardaba un silencio profundo.

El heraldo repitió otra vez el nombre del reo y el crímen que habia cometido.

Un perro, un mono, una víbora y un gallo, fueron introducidos entonces en el mismo saco de cuero en que estába el reo, saco cuya boca se cerró inmediatamente atándola con fuertes correas.

Aquellos animales, al verse encerrados los unos sobre los otros, hicieron presa en el desventurado Cleandro que arrojó horribles gemidos.

Poco despues, el verdugo, ayudado de los lictores, arrastraron el saco hasta la orilla del caudaloso rio, y fué lanzado á la distancia en que mas corriente demostraba el Sarno.

Los gritos del culpable, los aullidos del perro, los quejidos del mono y el cacarear del gallo, se unian al ruido de la corriente de las ondas.

Los ojos de la multitud estaban fijos en el saco del parricida que flotaba en las aguas.

La corriente que era bastante rápida se lo llevaba hácia el centro.

De repente pareció detenerse, y cuando el heraldo repetia por la última vez el nombre del criminal y su crimen, las aguas parecieron abrirse, y el saco desapareció de súbito hundiéndose para siempre.

Un silencio profundo sucedió á los débiles y últimos gritos lanzados por el reo. El rio cubrió el cadáver de Cleandro.

El carro, tirado por los negros bueyes, volvió lentamente á la ciudad.

La gente se quedó mirando un instante al sitio en que habia desaparecido el saco en que fué arrojado Cleandro, y poco despues se dirijia hácia sus casas.

Solamente dos hombres se quedaron aún con la vista fija en el rio.

Aquellos dos hombres eran Crémes y Tetraide.

La escena que acababan de presenciar les llenó de pavor.

Un compañero de ellos acababa de perecer.

Cierto es que ellos no eran parricidas; pero podian sufrir una muerte, si no tan ignominiosa como la de Cleandro, sí terrible y pública.

Crémes fué el primero que salió de la lúgubre meditacion en que le habia sumergido aquel acontecimiento, y viendo á Tetraide entregado á las mismas reflexiones, le tocó en el hombro, y revistiéndose de un aire jovial le dijo:

- -¿En qué piensas?
- —Pienso en que el que lleva una vida como la que nosotros llevamos, no puede tener un fin mucho mas lisonjero que el que ha tenido Cleandro.
- —¿Quiere decir que no estás dispuesto á ganar los millares de sestercios que te propuse por aquel negocio que se debe realizar esta tarde?
- -No, eso no; una cosa es que me haya impresionado este acto, y otra cosa es que yo quiera renunciar á los sestercios.
 - -Rien
 - —¿De qué sirve la vida si no hay monedas para gozar de ella?
 - -Tienes razon. Siendo así, puedo avisar al interesado que todo está dispuesto.
 - -Sí, avisale,
 - -Bueno.
 - -Pero antes quiero decirte una cosa.
 - —¿Cuál?
- -Que necesito algunos sestercios.
- —¿No has recibido ya una parte?
- —Sí; pero quiero algo mas para gastarlo antes de la hora, con mis compañeros.
- -La tendrás.
- -¿Cuándo?
- —Dentro de un momento.
- -¿Dónde te puedo ver?
- ---Yo iré á tu casa.
- -Perfectamente.
- -Hasta despues.
- -Hasta luego.

Tetraide y Crémes se estrecharon la mano, y se separaron.

El primero fué á reunirse con varios amigos que participaban de su misma moral, mientras el segundo se dirijió á dar parte á Marcio del desempeño de su comision.